

# SARTRE VIVO

**L**O imaginábamos consagrado y embalsamado: ahora que ha muerto descubrimos hasta qué punto seguía vivo y presente. El malestar y el resentimiento que se adivina bajo las coronas mortuorias que le trezan con desgana demuestran que todavía molestaba, y que seguiría molestando: supo conjugar contra él la unión de los bienpensantes de derecha y de izquierda, y basta con imaginar la alegría de ciertas augustas memorias que gritan: "Gracias, Señor. El era el que estaba equivocado, puesto que soy yo el que sobrevivo", basta con leer en "L'Humanité": "Como se sabe, muchas cosas nos separaban de él en el aspecto teórico y en el político", para comprender con qué peso este hombre de setenta y cinco años ejercía una influencia en las letras de hoy.

Existe una geografía del pensamiento: de la misma forma que un francés, donde quiera que vaya, no puede dar un paso sin separarse o acercarse también de Francia, toda actitud del espíritu nos acercaba o nos separaba también de Sartre. Su claridad, su lucidez, su racionalismo, su rechazo de lo patético nos autorizaba a encaminar el pensamiento por tentativas más turbias, más inciertas: sabíamos que al mismo tiempo una inteligencia luminosa mantenía los derechos del análisis, de la pureza, de una cierta tradición. Y si por un acaso naufragásemos en un viaje de iniciación, no se hundiría el espíritu en el desastre. Todo el pensamiento francés y universal de estos treinta últimos años, quisiera o no, y fueran cuales fueran sus otras coordenadas, Marx, Hegel, Kierkegaard, tenía que definirse también en relación a Sartre.

Por mi parte, las restricciones mentales, la hipocresía y, por decirlo todo, la abyecta hediondez de los artículos necrológicos que le han dedicado me han asqueado demasiado como para señalar aquí lo que nos separaba de él. Mejor es señalar los dones inestimables que nos dejó.

Algún día he leído, escrito por la pluma de colegas que nunca me sorprendieron por su temeridad, que "vivía peligrosamente bajo tres capas de chalecos de franela", es decir, que era uno de esos intelectuales de Saint-Germain-des-Prés que firmaban manifiestos sin atreverse a ir a los

campos de batalla. La broma imbecil. Esos timoratos han inventado una defensa muy curiosa contra la audacia de los otros: únicamente se dignan a admitirla si se manifiesta al mismo tiempo en todos los terrenos. Se le hubiera perdonado a Sartre el poner en peligro sus ideas y su reputación si al mismo tiempo hubiera arriesgado su vida y, sobre todo, una pleuresía. Esos fingían ignorar que hay varias formas de valentía, y que son diferentes según las personas. Sartre fue el hombre que osó publicar su profesión de fe en "Los caminos de la libertad", la requisitoria de "Las manos sucias", que tuvo el valor de colocarse al lado de la URSS cuando era peligroso hacerlo, y otro mayor, es decir, de retractarse públicamente cuando estimó, con razón o sin ella, que se había equivocado.

No pretendo en absoluto que esas actitudes tan características puedan sernos provechosas hoy, pero a él le permitieron convertir su vida en una experiencia asumida con severidad, que nosotros podemos asimilar sin ninguna preparación. En una palabra, vivió sus ideas. Y una sobre todo: la muerte de Dios. No puedo ima-

ginar que ninguno de los creyentes de hoy haya sido ganado al cristianismo, por los argumentos de San Buenaventura o de San Anselmo. Como tampoco pienso que ningún increyente fuera desviado de la fe con argumentos contrarios. El problema de Dios es un problema humano que concierne las relaciones de los hombres entre ellos. Es un problema total al que cada uno aporta una solución a través de su vida, y esa solución refleja la actitud que se ha tomado ante los otros hombres y ante sí mismo. Lo que nos ofrece Sartre es su decisión de vivir hasta el final la agonía y la muerte de Dios.

Sartre ha hecho un favor inestimable a la literatura contemporánea, sacándola definitivamente del atolladero simbolista. La segunda generación simbolista estaba convencida de que los escritores sólo podían abordar un número reducido de temas, todos de mucha elevación, pero que podía, sobre estos temas bien definidos, expresarse de cualquier manera; Sartre nos liberó para siempre de ese electionismo ingenuo: demostró o volvió a probar que todo se puede decir.

Su ejemplo ha hecho más para

clarificarnos las cosas que mil demostraciones. Ha vivido para nosotros una vida que podemos revivir sólo con leerlo. Nos permite evitar caer en las trampas en que cayó o salimos como él salió. Sus adversarios, que desconsidero, ya no pueden seducirnos. "Toda verdad —dijo Hegel— se ha hecho". A menudo se olvida, se ve la conclusión y no el itinerario. Aceptamos la idea como un producto terminado sin percibir que no es, ni más ni menos, que su lenta maduración, una sucesión de errores necesarios que se corrigen, de visiones parciales que se completan y que se desarrollan. Sartre es un ejemplo irremplazable porque eligió, al contrario, hacerse su verdad. Decididos de forma abstracta a los veinte años, su atetismo y su rebeldía hubieran resultado falsos. Conquistados lentamente, coronación de una búsqueda de medio siglo, estas nociones se convierten en sus verdades concretas y en las nuestras. A partir de ahí los hombres de hoy pueden encaminarse hacia verdades nuevas. ■ RAMON CHAO (1).

(1) Mentira: tache el lector la firma de Ramón Chao y ponga la de Jean-Paul Sartre, pues se trata, con modificaciones mínimas (especialmente el nombre del escritor fallecido y el título de las obras), del artículo necrológico que Sartre escribiera sobre André Gide, en 1951. Ramón Chao.

